

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO B
Homilía del P. Cebrià Pifarré
16 de septiembre de 2012
Is 50, 5-9a; Sant 1, 14-18; Mc 8, 27-35

Lo acabamos de oír. Yendo de camino por los pueblos de Cesarea de Filipo, al Norte de Galilea, Jesús pregunta a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?». Corrían muchos rumores sobre quién era Jesús, y entre la gente no debían faltar discusiones. Muchos habían escuchado de los labios de Jesús la noticia bonita y sorprendente de la cercanía de Dios en la vida de los humanos. De Jesús les impactaba, más que nada, la autoridad con que hablaba y la fuerza con que curaba a los enfermos y ofrecía el perdón a los pecadores. Nunca nadie ha hablado así. ¿De dónde le viene la fuerza de la palabra y de las obras de liberación? Algunos tenían a Jesús por profeta, y se preguntaban si no sería Elías o quizás Juan Bautista. Dirigiéndose luego a los discípulos, Jesús les pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pregunta crucial, que Marcos sitúa en medio de su relato sobre Jesús, cuya vida, entre el bautismo en el Jordán y su muerte en cruz, es presentada como un verdadero drama teológico. «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Al evocar esta pregunta, Marcos nos invita a todos a descubrir el destino de Jesús, recordando que no se puede ser unos espectadores neutrales. Hay que tomar posición.

En su convivencia con Jesús los discípulos habían escuchado al Maestro y habían sido conmocionados por su praxis de liberación: para revelar el rostro amoroso de Dios, sale al encuentro de los oprimidos y marginados y hasta se sienta a la mesa con ellos. También les había impactado ver a Jesús como hombre de oración: pasa noches enteras orando, abierto al misterio insondable de Dios, a quien llama "Padre amado". Y por encima de todo, les impresionó de Jesús, la confianza que tenía puesta en Dios, expresada en una obediencia incondicional a su querer amoroso. ¿Quién es Jesús? ¿Intuyeron quizá la originalidad de Jesús, que el centro de gravedad de su mensaje y de su vida, los criterios de acción, los juicios de valor, todo en él provenía de una íntima, profunda, inefable comunión con Dios, el Padre del cielo, cuyo amor le era como una quemadura en el alma? La respuesta de Pedro, como resumen de la fe de la comunidad, lo haría creer: «Tú eres el Mesías», el Ungido de Dios, el liberador prometido por Dios, siempre esperado.

Pero, ¿qué tipo de Mesías es Jesús? Al presentar a Jesús como Hijo amado de Dios, a quien hay que escuchar, y como Hijo del hombre, personificación del hombre justo e inocente, Marcos nos está diciendo que Jesús es un Mesías del todo singular. Quizás por ello, a fin de mostrar que él no es el Mesías guerrero, triunfador y glorioso que muchos esperaban, Jesús impone a Pedro la consigna del secreto. Una proclamación prematura de Jesús Mesías, ¿no sería un escollo al proyecto de Dios sobre el Mesías humilde y pobre, que tiene que pasar por el sufrimiento y por la muerte antes de ser confirmado como Salvador en el amanecer de Pascua? En el paso evangélico que hemos escuchado, justo después de la confesión de Pedro, Jesús, con toda claridad, anuncia a los discípulos el camino de la pasión como camino del Mesías según Dios. También se nos dice que Pedro, pensando hacerle un favor, se puso a contradecir a Jesús, hasta el punto que éste lo reprendió delante de los discípulos con palabras severas: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!». En el relato de Marcos sobre Jesús como Mesías crucificado, que nos salva desde la indefensión del amor, estaríamos ante una catequesis de ruptura, cuyo objetivo es poner en guardia a la comunidad cristiana, siempre tentada de olvidar el camino humilde, de servicio y pobreza, de Jesús crucificado, puesto que es aquí

donde se cumple el misterio del Reino de Dios, y de instalarse en una religión triunfalista, aburguesada, aliada de los poderes mundanos.

En este sentido, la llamada de Jesús al seguimiento, con la que termina la secuencia evangélica de hoy, no tiene contrapartida: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio la salvará». Así pues, para ser seguidor de Jesús, no basta confesarlo con palabras, sino sobre todo con la vida, sin eludir el camino de la cruz, el camino que él ha querido recorrer antes que nadie. Tomar la cruz significa proyectar la propia existencia no en términos de posesión, sino en términos de entrega y de oblación, de solidaridad y hermandad. Al compartir ahora un mismo pan eucarístico, seamos todos, de verdad, el cuerpo de Cristo entregado por la vida del mundo.